

Un llamado a ser diligentes en la santidad

(Tercera parte)

Evidencias de la verdadera santidad

Hebreos 12:14

Hemos aprendido en nuestro texto de estudio que la única forma de verdadera y eterna felicidad es buscar la santidad, pues, sin ella será imposible tener la bienaventuranza beatífica, es decir, no podremos ver a Dios.

Hemos aprendido que esta santidad práctica se deriva de nuestra santidad imputada, la cual nos es asignada o atribuida con base en la vida y obra de Cristo, en el momento en el cual nacemos de nuevo. Pero todo aquel que tenga esta santidad imputada indefectiblemente trabajará para andar en santidad práctica, unos más que otros, pero todos estaremos trabajando en el asunto.

Si una persona dice ser salva, porque hizo una oración de fe, se bautizó, es miembro de una iglesia y realiza alguna función dentro de ella; más, no busca, persigue y práctica la santidad real, el tal debe prestar seria atención al llamado que hace el autor sagrado, pues, si nunca busca esta clase de santidad, es muy probable que el tal no haya sido contado entre los salvos, ni tendrá la dicha de ver a Dios en la eternidad.

Hoy día tenemos mucho cristianismo falso. Las iglesias evangélicas o cristianas están llenas de personas que no se preocupan por la santidad, ellos han encontrado una forma de agradar al mundo y vivir en la iglesia. Muchos sólo se interesan en los asuntos espirituales con el fin de experimentar algún bienestar físico, emocional o económico; pero no están interesados para nada en sus almas o en la vida eterna. Por otro lado, algunos grupos evangélicos insisten mucho en la santidad, pero ésta no es más que una manifestación orgullosa del legalismo, entre ellos y los fariseos del tiempo de Cristo no hay mucha diferencia.

Es necesario recuperar la doctrina bíblica de la santidad, pues, sin ella no veremos a Dios, y nuestro cristianismo no será más que una religión temporal, vacía y sin verdadera esperanza.

El número de los que han de ser eternamente felices, el número de los que han de alcanzar la dicha de ver a Dios en la eternidad no es tan grande. Son muy pocos los que buscan esta santidad sin la cual no hay verdadera felicidad: *“Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas”* (Ap. 3:4). Entre los muchos miembros de la iglesia de Sardis solo unos pocos eran santos, tanto en lo interior como en lo exterior. Lo mismo puede estar pasando en nuestras iglesias hoy día.

En toda la historia de la iglesia, a pesar de los muchos que se identifican como miembros de ella, pocos realmente son contados entre los santos, y por ende, entre los salvos: *“Recorred las calles de Jerusalén, y mirad ahora, e informaos; buscad en sus plazas a ver si halláis hombre, si hay alguno que haga justicia, que busque verdad; y yo la perdonaré”* (Jer. 5:1). La respuesta es evidente, era muy difícil hallar un santo en Israel.

“Y busqué entre ellos hombre que hiciese vallado y que se pusiese en la brecha delante de mí, a favor de la tierra, para que yo no la destruyese; y no lo hallé” (Ez. 22:30). Muchos creyentes e iglesias aplican este texto, simplemente, como un llamado a la intercesión por el pueblo, pero en realidad, el que hace vallado, el que puede interceder efectivamente por el pueblo, es el que vive en santidad práctica. No obstante, no era fácil en ese tiempo, así como no lo es hoy, encontrar verdaderos hombres que vivan en santidad.

La situación espiritual del pueblo de Israel era terrible, muy parecida a lo que vivimos hoy día en la iglesia cristiana: *“Hay conjuración de sus profetas en medio de ella, como león rugiente que arrebató presa; devoraron almas, tomaron haciendas y honra, multiplicaron sus viudas en medio de ella. Sus sacerdotes violaron mi ley, y contaminaron mis santuarios; entre lo santo y lo profano no hicieron diferencia, ni distinguieron entre inmundo y limpio; y de mis días de reposo apartaron sus ojos, y yo he sido profanado en medio de ellos. Sus príncipes en medio de ella son como lobos que arrebatan presa, derramando sangre para destruir las almas, para obtener ganancias injustas. Y sus profetas recubrían con lodo suelto, profetizándoles vanidad y adivinándoles mentira, diciendo: Así ha dicho Jehová el Señor; y Jehová no había hablado. El pueblo de la tierra*

usaba de opresión y cometía robo, al afligido y menesteroso hacía violencia, y al extranjero oprimía sin derecho” (Ez. 22:25-29).

El Señor Jesús también afirmó que pocos son los que en realidad forman parte de los escogidos para salvación, a pesar del gran número de personas que hacen una profesión de fe y caminan por mucho tiempo en las reglas externas del cristianismo: *“Porque muchos son llamados y pocos escogidos” (Mt. 22:14)*. Pocos realmente responden a su llamamiento santo y sólo estos pocos caminarán con Cristo vestidos de blanco. La simiente santa realmente es muy pequeña y sólo a ella le será dada el reino de los cielos: *“No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino” (Lc. 12:32)*.

El camino que conduce a la felicidad es el de la santidad, y este es un camino angosto, pues, solo hay un estrecho espacio para que caminen el Dios santo y un alma santa. Pocos son los que realmente se interesan, gustan, aman y preguntan por Cristo. Más del 70% de la población mundial no es cristiana, siguen religiones como el islamismo, hinduismo, budismo, taoísmo, confucionismo, chamanismo y el ateísmo. Sólo un 30% de la población se identifica como cristiana, pero entre esta cantidad un alto porcentaje lo componen católicos romanos y ortodoxos (entregados a la idolatría). Otro porcentaje está compuesto por distintas sectas: testigos de Jehová, mormones, adventistas, pentecostales unitarios (los cuales no creen en el Cristo bíblico). El diminuto porcentaje que queda de evangélicos incluye a liberales y racionalistas que abandonaron la autoridad de las Sagradas Escrituras (tampoco siguen al Cristo Bíblico). El minúsculo porcentaje que queda, también incluye grupos neo-carismáticos que se interesan, principalmente, por la salud del cuerpo, la prosperidad material, y poco interés tienen realmente por Cristo y la santidad. Otros grupos dispensacionalistas extremos promueven un cristianismo carnal, es decir, ellos creen que los salvos pueden vivir como mundanos y, aun así, tendrán la esperanza de ver a Dios; si descontamos todos estos grupos del porcentaje de personas que se identifican como cristianos bíblicos, quedamos con un reducto muy pequeño de creyentes que forman parte de iglesias que pueden ser consideradas bíblicas, pero aún hay que descontar más, pues, muchos de los miembros de iglesias sanas no verán a Dios, no son realmente creyentes, pues, son orgullosos, avaros, carnales, legalistas, indiferentes y tibios. Realmente el grupo

de los salvos es un remanente pequeño en comparación con la población mundial que se identifica como cristiana.

Ahora, la pregunta que cada uno debe hacerse es: ¿Estoy yo en el número de los que tendrán la verdadera felicidad de poder ver a Dios? ¿Cómo podemos conocer si realmente estamos buscando esta santidad que nos permitirá ver a Dios? Miremos algunas marcas o señales que identifican a los que tienen la santidad práctica:

1. Una persona que tiene la verdadera santidad, *experimenta gran admiración y es impactado por la santidad de Dios.*

Los profanos, los que no tienen la verdadera santidad, admiran y toman los otros atributos de Dios, pero sólo los santos aman la santidad de Dios. La cristiandad sensual de nuestro tiempo alaba el poder y el amor de Dios, pues, esto le es necesario para sentirse bien; pero pocos alaban en Dios lo que los santos de la Biblia exaltaron.

Sólo un verdadero santo podrá deleitarse en la magnífica y majestuosa santidad de Dios: “¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios? (Éx. 15:11). La santidad es la gloria del creador y los santos sienten gran placer en esta su gloria: “Tú verdad cantaré a ti en el arpa, oh Santo de Israel” (Sal. 71:22); “Regocíjate y canta, oh moradora de Sion; porque grande es en medio de ti el Santo de Israel” (Is. 12:6). Los habitantes de Sión han de gritar y salir rugiendo en señal de alegría porque en medio de ellos está el Santo de Israel. La santidad de Dios es fuente de alegría para los santos.

Sólo los santos son cautivados por la gloria de la santidad del Santo Dios. Los ángeles del cielo viven para deleitarse y proclamar la santidad de Dios “Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria” (Is. 6:3). Los santos serafines al triplicar la aclamación de la santidad de Dios, no sólo denotan la eminencia superlativa, la gloria y la excelencia de la santidad divina, sino que también revelan cómo, en gran medida, ellos se ven impresionados y cautivados por la santidad de Dios. Para los ángeles santos, la santidad de Dios es el brillante diamante en el anillo de Su gloria.

La gente impía se interesa por muchos de los atributos de Dios, pero nunca por Su santidad. El pecador carnal se deleita en la paciencia y la longanimidad de Dios. Este pecador dice: “¡Cuán paciente es Dios! Alabo su paciencia, me agrada su paciencia. Él ha estado esperando tantos años por mi arrepentimiento. Su paciencia es tal que, si no fuera por ella, hace tiempos me hubiese condenado en el infierno, pero aún espera longánimamente para que yo vaya al cielo”.

El pecador presuntuoso se interesa solo por la misericordia y la bondad de Dios, él puede decir: “Aunque he pecado así y así, sin embargo Dios ha sido misericordioso conmigo, y aunque peco todos los días de esta forma y de esta manera, sin embargo, Dios sigue siendo propicio a mí, y aunque mañana peque setenta veces siete, Dios seguirá siendo propicio a mí. Dios no se complace en la muerte del pecador, ni en la condenación de las almas ¡Alabemos la misericordia de Dios!”

El pecador próspero encuentra gran deleite y alaba la generosidad y la liberalidad de Dios. Él también podrá decir: “¡Qué generoso es Dios! ¡Qué Dios tan liberal es este! Él llena mis graneros, llena mis maletas, me prospera en el país y en el extranjero, me ha bendecido con un cuerpo saludable, con muchas propiedades, con una esposa amable, con un comercio cada vez más creciente, excelentes empleados y prósperos niños.”

Pero ¿encontraremos en todo el mundo a un pecador que sea impactado y se deleite en la santidad de Dios? Ciertamente no hay nada que haga a Dios tan formidable y terrible ante la gente impía como la santidad de Dios. El impío sólo quiere conocer de Dios aquellos atributos que satisfacen sus deseos egoístas, son como el pueblo pecador de Israel que se interesaba en escuchar predicaciones falsas: “*Porque este pueblo es rebelde, hijos mentirosos, hijos que no quisieron oír la ley de Jehová; que dicen a los videntes. No veáis; y a los profetas: No nos profeticéis lo recto, decidnos cosas halagüeñas, profetizad mentiras; dejad el camino, apartaos de la senda, quitad de nuestra presencia al Santo de Israel*” (Is. 30:9-11). Ellos decían, como muchos que se hacen llamar cristianos dicen hoy: “No nos prediquen tanto del Santo de Israel. Oh, sí por una vez nos dejaran de molestar con el mensaje de la santidad de Dios. Predíquennos mejor del Dios misericordioso, del Dios

compasivo y paciente. Pero ustedes siempre predicán del Santo, Santo, Santo Dios. ¡Qué fastidio! No podemos soportar ese mensaje.”

Nada infunde tanto terror al pecador como un discurso sobre la santidad de Dios. Es como la escritura con la mano de Dios en la pared del palacio de Belsasar (Dan. 5:4-6). Nada hace que le duela más la cabeza a un pecador, que escuchar un sermón sobre la santidad de Dios.

Pero, a las almas santas, no hay discurso que más le convenga y satisfaga, que más placer y ganancia le genere, que aquel que le revela plena y poderosamente la gloria de la santidad de Dios.

Esta es una verdad eterna: *El que ama verdaderamente la santidad de Dios y ama a Dios por su santidad, sin duda es participante de la santidad real que un día tendrá la dicha de verlo por la eternidad.*

2. La verdadera santidad es **“difusiva”, es decir, se difunde, se extiende y se propaga por toda el alma.** Se propaga a la cabeza, el corazón, los labios y la vida; adentro y afuera.

“*Toda gloriosa es la hija del rey en su morada; de brocado de oro es su vestido*” (Sal. 45:13), la hija del rey es toda gloriosa, porque ella, completamente, en su interior, está vestida de santidad. Su mente está adornada con la santidad, su voluntad está inclinada a la santidad; todos sus afectos están vestidos de la santidad: Su amor es un amor santo, su dolor es un dolor santo, su alegría es una alegría santa, su miedo es el miedo santo, su celo es un celo santo.

Y en el exterior su vestido es de **“oro labrado”**, es decir, su vida y su conversación, que es lo más visible a los demás, como la ropa que usa, está muy reluciente y brillante en gracia y santidad. La verdadera santidad es extensa, invade a todo el ser humano. No hay un solo aspecto de la vida cristiana que no sea influenciado por la santidad: “*Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo*” (1 Tes. 5:23).

La verdadera santidad es una levadura divina, que fermenta a todo el hombre. Así como la levadura se difunde a través de toda la masa de harina, la santidad también se difunde a través de todo el hombre. Ningún aspecto de la vida podrá quedarse ajeno a la santidad. Así

como la belleza de Absalón se extendió por todo su cuerpo, *desde la planta de su pie hasta su coronilla* (2 Sam. 14:25), la belleza de la santidad se extiende por todos los miembros del cuerpo y todas las facultades del alma. Así como el templo de Salomón era glorioso, tanto por dentro como por fuera, la santidad hace que todo sea glorioso, tanto en el interior como en el exterior.

Así como el pecado de Adán se extendió a través de todo el hombre, a través del segundo Adán (Jesús), la santidad se propaga a todo el hombre. Miremos cómo la santidad que estaba en Jesús se difundió y extendió por todo su ser. Toda su persona era sagrada: su naturaleza era santa, su corazón era santo, su lenguaje era santo. De la misma manera la santidad se extiende en nosotros, abarcando la cabeza, las manos, el corazón, los labios y la vida: *“sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir”* (1 P. 1:15). La verdadera santidad abarca todo el ser, y no hay nada, nada que quede sin ser santificado.

“El fruto del Espíritu es en todo bondad, justicia y verdad” (Ef. 5:9), y el que es verdaderamente bueno, es todo bueno, tiene la bondad grabada en su comprensión, en su juicio, en su voluntad, en sus mociones, en su disposición y en su conversación.

El que no tiene *todo* influenciado por la bondad, no es bueno. Hay algunos que tienen nueva la cabeza, pero viejo el corazón; palabras nuevas, pero voluntades antiguas; nuevas expresiones, pero viejos afectos; nuevos recuerdos, pero mentes viejas; nuevas nociones, pero viejas conversaciones; ellos están tan lejos de la verdadera santidad, así como el diablo y los falsos sistemas religiosos están lejos de la felicidad.

En cada persona santa han acontecido muchos milagros divinos: un hombre muerto ha sido restaurado a la vida, un hombre ciego recobró la vista, un hombre sordo recuperó su capacidad auditiva, un mudo recobró el habla, un cojo ahora puede caminar, un poseído por el demonio ahora tiene la gracia, un corazón de piedra fue convertido en corazón de carne, y una vida de maldad fue transformada a una vida de santidad. Por eso Pablo pudo decir: *“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”* (2 Cor. 5:17). Si esto ha pasado con usted, entonces puede ser contado entre los santos que tendrán la felicidad eterna de ver a Dios.

3. En tercer lugar, la gente que tiene la verdadera santidad *considera en alta estima y valor a los santos*.

El mundo es ciego al verdadero valor espiritual, ellos tienen en gran estima y aprecio a los que poseen grandes propiedades, prestigiosas profesiones, o visten con ropa fina; más no valoran a las personas por la santidad. Dios, quien valora lo que realmente tiene valor, se complace en estar en la compañía, no de los grandes de este mundo, sino de los santos, así no posean riquezas: “*Para los santos que están en la tierra, y para los íntegros, es toda mi complacencia*” (Sal. 16:3).

Lo que realmente diferencia a un hombre de otro, y lo que exalta a un hombre por sobre otro, es la santidad. Un hombre santo es mejor que su vecino rico, y es en gran manera estimado por Dios, los ángeles y los santos. No hay un hombre que se compare con el hombre justo: “*Mejor es el pobre que camina en su integridad, que el de perversos caminos y rico*” (Prov. 28:6).

Un hombre de verdadera santidad prefiere al santo Job, aunque sea en medio de cenizas, antes que al malvado Acab en su trono; tiene en gran estima al santo Lázaro, aunque vestido con harapos y cubierto de llagas, que a un miserable rico que se viste de ropas costosas y anda en sus maldades; prefiere a los pobres y andrajosos cristianos, en vez de los nobles paganos, pues, mientras estos ricos serán arrojados al infierno, los pobres cristianos serán sus príncipes compañeros en el reino de los cielos.

El hombre natural considera que el más rico es el mejor hombre del pueblo, pero el santo considera al justo como el mejor hombre. El mundo admira como mejores hombres a los que se visten de ropa lujosa o tienen mucha fama, pero un santo admira a aquel cuyo interior y exterior, cuyo corazón y vida, cuyo cuerpo y alma están vestidos de santidad y pureza.

Ciertamente un hombre santo considera que no hay mejor mujer que una mujer santa, mejor niño que un niño santo, mejor amigo que un amigo santo, mejor ministro que un ministro santo, mejor empleado que un empleado santo.

Las excelencias internas son mucho más importantes para un hombre santo, que todas las glorias exteriores. *Las almas puras son las almas más selectas en todo el mundo.*

Todas las excelencias mundanas, para el hombre santo, son como el cobre, el latón o el plomo; pero la santidad es como la plata refinada, el oro de Ofir, la perla de gran precio. Si usted aprecia a las personas por su santidad, entonces, usted es una persona santa. Ningún hombre puede apreciar verdaderamente la santidad en las otras personas, sino tiene la santidad en su propio corazón.

4. En cuarto lugar, el que es verdaderamente santo, *continuará creciendo en santidad*. Un hombre santo, en este mundo caído, nunca podrá ser lo suficientemente santo. Él no le pone límites a su santidad. La perfección de la santidad es la meta que él tiene. Él ora, llora, estudia y se esfuerza para llegar al más alto grado de santidad. El santo experimenta lo mismo que sucedió con Pablo: *“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está adelante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”* (Fil. 3:12-14).

El que tiene la verdadera santidad sembrada en su corazón, nunca estará satisfecho con su nivel de santidad. Ninguna medida de santidad va a satisfacer a su santa alma. Siempre sus deseos serán para más santidad, así como pedía el salmista: *“Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo”* (Sal. 27:4). La belleza de la santidad impacta e inflama su corazón, de tal manera que no puede dejar de desear ser más y más santo. Dice el alma: *“Señor, yo deseo ser más santo para que pueda glorificar más tu nombre, para que pueda cumplir mejor mi profesión, para que pueda servir más a mi generación. Señor, deseo ser más santo para pecar menos contra ti, y para que pueda disfrutar más de ti.”*

Un hombre santo, tiene fe para mayor santidad, pues, él siempre espera más santidad. En toda situación espera más santidad, y bajo toda providencia espera más santidad. *“Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irrepreensibles, en paz”* (2 P. 3:14). El santo, cuando está en prosperidad, espera que Dios lo haga más celoso, agradecido, alegre, fértil y útil. Y cuando

está en la adversidad, espera que Dios inflame su amor, aumente su fe, aumente su paciencia, fortalezca su sumisión y aquiete su corazón en una santa resignación ante la providencia de Dios.

Los que no son verdaderamente santos no se esfuerzan para llegar a los más altos estándares de santidad. La verdadera santidad no tiene restricciones ni limitaciones. La verdadera santidad hace que un hombre sea santamente codicioso. El conquistador nunca llega a hacer suficientes conquistas, el ambicioso jamás tendrá lo suficiente, los mundanos nunca tienen abundante riqueza, así como un hombre santo, en este lado de la eternidad, nunca tendrá suficiente santidad.

5. En quinto lugar, donde hay verdadera santidad **hay un santo odio e indignación contra toda impiedad e injusticia**: *“De todo mal camino contuve mis pies”, ¿por qué?, “para guardar tu palabra”* (Sal. 119:101). *“De tus mandamientos he adquirido inteligencia; por tanto, he aborrecido todo camino de mentira”* (v. 104). El bien de la Palabra divina produjo en su corazón odio contra el pecado: *“Por eso estimé rectos todos tus mandamientos sobre todas las cosas, y aborrecí todo camino de mentira”* (v. 128).

Un hombre santo sabe que todo pecado ataca la santidad, la gloria, la naturaleza, el ser y la ley de Dios; por lo tanto, su corazón se levanta contra todo lo que sea pecado. Como los fariseos contra Cristo, el santo levanta su mano contra el pecado y grita: ¡crucifíquene, crucifíquene!

El que tiene la verdadera santidad mira a todo pecado como un duelo para el Espíritu, como un irritante del Espíritu, como un extinguidor del Espíritu. Mira a todo pecado como una deshonra a Dios, como un enemigo de Cristo, como una herida al Espíritu, como un reproche al evangelio y una polilla que carcome la santidad.

Un pecado predominante es suficiente para destruir el alma para siempre. En la historia bíblica algunas personas pretendieron la santidad, pero algún pecado dominaba sus vidas, y esto fue su ruina. Judas servía al Señor como los demás, pero era codicioso; Simón el Mago se bautizó y servía en la iglesia, pero amaba la fama y el honor mundano; Demas, fue consiervo de Pablo y le ayudó mucho en su ministerio, pero amaba más a este mundo. Muchos pretenden ser santos, pero todavía están amarrados a un pecado, el cual les puede

conducir a la destrucción eterna. Como dijo el pensador Séneca: *“El que alberga un vicio, tiene a todos los demás vicios con él”*.

Así como Sansón perdió su fuerza al tomar una siesta, y Adán perdió el paraíso por comer un fruto, así muchos hombres, al favorecer un pecado, pierden a Dios, el cielo y sus almas para siempre.

El impío, el que no tiene la santidad verdadera, en ocasiones podrá levantarse contra el pecado, pero lo hará por las consecuencias tristes o desastrosas que produjo en él, porque dañó su nombre o su honor y le causó vergüenza; pero nunca lo odiará porque la santa ley de Dios haya sido violada, o porque el Dios santo haya sido rechazado, o porque el amante Salvador haya sido crucificado de nuevo, o porque el bendito Espíritu haya sido contristado. El hombre santo odia el pecado porque éste contamina el alma, pero el impío lo odia porque destruye el alma. El hombre santo odia el pecado porque éste es una afrenta a la santidad de Dios, más el impío lo odia porque provoca la justicia de Dios.